

PARÍS, 10 de Abril de 1852.

Muy señor mío: Desde que escribí á Ud. mi última han pasado tres acontecimientos, importantes por su influencia en el giro de la política europea: es el primero el discurso pronunciado por el Príncipe Presidente el día de la definitiva constitución de los poderes públicos, decretados por la actual Constitución de la República francesa; es el segundo el discurso dirigido después por el mismo Príncipe á los representantes de la Magistratura, el día que prestaron el juramento de fidelidad en sus manos; es el tercero el fallecimiento del príncipe Swartzemberg, presidente del Ministerio austriaco.

El primer discurso del Presidente es el anuncio franco de sus aspiraciones imperiales; ni es posible interpretarle de otra manera cuando se considera, por un lado, el carácter de la persona que le pronunció; por otro, la imposibilidad de que los partidos vencidos no intenten nada contra el actual orden de cosas, condición impuesta por el Príncipe para que el Imperio no llegue; y, por último, las grandes facilidades que el Jefe del Estado tiene para denunciar conspiraciones soñadas á falta de conspiraciones verdaderas.

El segundo discurso es la confirmación del primero, y su verdadero y genuino comentario; en él proclama el Príncipe (en presencia de la Magistratura, custodia del derecho y guardadora de las leyes) que el Imperio es la ley, y su persona el derecho: para demostrarlo recuerda los sucesos de 1804 y el voto de cuatro millones de franceses nombrando al emperador Napoleón cabeza de una nueva dinastía. De manera que el Imperio y el Emperador no están ahora velados sino porque el

Príncipe lo consiente: el día que deje de consentirlo, la ley recobrará su fuerza y el derecho su vigor, no habiendo dejado nunca el segundo de ser el derecho de los napoleónidas, ni habiendo dejado nunca la primera de ser la ley del Estado.

De todo esto se deduce, amigo mío, que estamos en vísperas del Imperio. El Imperio no será todavía la guerra; pero será á su vez víspera de la guerra, como lo ha sido del Imperio la Dictadura: y lo será porque será la víspera de las conquistas, las cuales á su vez serán el día de la guerra. Que el Imperio lleva á las conquistas, es una cosa evidente; tan evidente que sin ellas no se concibe el Imperio. El Príncipe, ni puede desconocerlo, ni lo desconoce: la venganza de Waterloo ha estado siempre en su corazón, aunque no ha pasado todavía del corazón á los labios.

La muerte del príncipe Swartzemberg puede desbaratar estos planes. Creo haber ya dicho á Ud. en otras ocasiones que el Austria era la única potencia amiga y aliada del Presidente. La explicación de este fenómeno es una cosa sencilla: el Austria puede entenderse con la Francia en todas las cuestiones territoriales; en la cuestión suiza, por medio de una ocupación en común de los Cantones helvéticos; en la cuestión piemontesa, por medio de la ocupación francesa de la Saboya, y de la ocupación austriaca de las principales plazas fuertes del Piamonte; y, por último, en la cuestión alemana, porque el engrandecimiento de la Francia por las partes del Rin había de realizarse únicamente en detrimento de la Prusia, objeto de animadversión de todo buen austriaco, y señaladamente del príncipe Swartzemberg, que había puesto en su humillación todo el ardor de su amor propio.

La alianza del Austria habría sido bastante para inclinar el ánimo de un Príncipe reposado y prudente á no exponerse al azar de las batallas: pero el príncipe Luis Napoleón, que es prudentísimo en ciertas y determinadas ocasiones, se ve súbitamente abandonado de su prudencia cuando se trata de la realización de los grandes propósitos que ha meditado en el in-

fortunio y que ha acariciado en el destierro. Por eso he dicho á Ud. antes de ahora que había que temerlo todo del príncipe Luis, y que sería bueno contar con la realización súbita de todos los temores.

La muerte del príncipe Swartzemberg dejaré probablemente á Luis Napoleón sin aliado ninguno siempre que la cuestión territorial salga á plaza; no porque el Austria no propenda siempre naturalmente á la alianza francesa, no porque el sucesor del príncipe de Swartzemberg (que lo será probablemente el conde Buol, ministro del Austria en Londres) tenga una política distinta de la del Príncipe malegrado, sino porque en los Consejos del Austria no es probable, fallecido el príncipe de Swartzemberg, que haya un hombre de tan grande energía y de tan ruda firmeza que ose resistir á la influencia del Gabinete ruso, el cual ni quiere la preponderancia absoluta del Austria en la Confederación, ni puede consentir la preponderancia francesa en Europa.

Ahora bien, amigo mío: por ardiente y por firme que sea la resolución del príncipe Luis de vengar las afrentas imperiales, no parece posible que, sin haber antes perdido el seso, se arroje á tan agigantadas empresas sin contar con aliado ninguno. Esta consideración me inclina á creer en el aplazamiento indefinido de todos sus proyectos; á pesar de todos sus discursos, paréceme que ha de mirar la cosa muy despacio antes de realizar sus esperanzas dinásticas é imperiales; y que, si por ventura llega á realizarlas, ha de luchar esforzadamente hasta intentar lo imposible para fundar un absurdo, es decir, el Imperio sin conquistas.

Si la muerte del príncipe de Swartzemberg produce estos resultados, aunque lamentable será fausta. La guerra, amigo mío, en las condiciones con que debía comenzarse ó proseguirse, hubiera puesto á la Europa en el sendero de la perdición, y en el borde, si no en el fondo, del abismo: el triunfo definitivo hubiera sido de la Revolución y de la Inglaterra, que han sido, son y serán siempre una misma cosa. Importa poco que,

apremiada por las circunstancias, aconsejada por el momento presente, la Inglaterra se proclame amiga del orden para no apartar de sí, en la previsión de la guerra, á las potencias continentales: pues ajustada la paz, y conseguida la victoria, los whigs, que son los Ministros del tiempo de paz, sucederían á los torys, que son los Ministros de los tiempos de guerra; á la política conservadora sucedería entonces la política revolucionaria, y la política de la Inglaterra vencedora sería la política de todas las naciones continentales. En este punto, amigo mío, no son posibles las ilusiones: en lo pasado está la historia de lo futuro. Durante los torpes escándalos de la revolución que se inauguró en 1789, ¿quiénes querían la paz? los whigs; ¿quiénes querían la guerra, y quiénes la hicieron? los torys; durante la guerra y durante su dominación, la Inglaterra inauguró y prosiguió, con respecto al Continente, una política monárquica y conservadora; pero la guerra tuvo fin; vino la paz después de la victoria; vinieron los whigs después de la paz, y en pos de los whigs vinieron las revoluciones. Esta es la historia: escrita está, y si es posible echarla en olvido, no es posible borrarla.

Y esta es la razón, amigo mío, porque me ve Ud. insistir tanto en este punto culminante de la política europea. El príncipe Luis es responsable ante Dios y ante los hombres de haber dado ocasión á que salga á plaza la cuestión territorial, que ha de hacer inglesa á la Europa; los Gobiernos de Europa son culpables ante Dios y ante los hombres de entregar el Continente á la Inglaterra á pesar de las cuestiones territoriales. Todos cometen el delito de poner en segundo término la cuestión principal, la cuestión verdadera, la cuestión única, que es la cuestión revolucionaria; á todos les llegará el escarmiento, administrado por la mano de la Inglaterra, y por la mano de las revoluciones. Si la guerra llega á estallar, el escarmiento llegará pronto; si por fortuna se conserva la paz, llegará también, aunque llegará tarde. El único medio de apartar el escarmiento hubiera sido plantear franca y decididamente la

cuestión revolucionaria, y haber llegado para encontrar su solución, si era menester, hasta la guerra; la guerra en estas condiciones hubiera sido fausta y fecunda, porque hubiera dado por resultado la humillación definitiva de la Inglaterra, y el triunfo normal de la política monárquica y conservadora.

Viniendo ahora á asuntos menos importantes, diré á usted algo, primero, acerca de las negociaciones entabladas por la Francia con el Gobierno federal de Suiza para la expulsión de los refugiados políticos, y después acerca de cómo ha sido festejado el duque de Burdeos por el gran duque Constantino, hijo del emperador de Rusia, cosa que no carece de importancia.

Por lo que toca á las negociaciones con la Suiza, el Gobierno federal está pronto á satisfacer á la Francia expulsando del territorio helvético á todos los refugiados peligrosos, si bien se niega á reconocer en principio que sea al Gobierno francés á quien toque exclusivamente designarlos. La cuestión no pasará de aquí, y, según todas las probabilidades, se arreglará este asunto pacíficamente; y no porque la Francia no estuviera dispuesta á pasar adelante hasta promover un cambio radical en las instituciones democráticas de la Suiza, sino porque, faltándole el Austria, no considera prudente adelantarse más por ahora en este camino.

El otro punto que me propuse tocar es más incierto, pero más grave. Por los periódicos ha debido Ud. saber que el gran duque Constantino dió en Venecia una gran comida al duque de Burdeos: esto de por sí, en las circunstancias actuales, no es cosa de todo punto indiferente; pero parece ser que hay más, y que ese más es más grave. Según personas respetables que se suponen enteradas de los hechos, parece ser que el Gran Duque dió al duque de Burdeos el título de Majestaó; que, tratándole como á Rey, le invitó á presidir la comida, y que ordenó á la escuadrilla que le escolta que le saludara con el saludo real, lo cual hubo de verificarse. Si estos pormeno-

res son exactos, darían una gran luz sobre las intenciones, un tanto veladas hasta ahora, del emperador de Rusia.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 24 de Abril de 1852.

Muy señor mío: Dos cosas importantes han acaecido desde que escribí á Ud. mi última carta: una es la publicación en *El Times*, de Londres, de una nota colectiva pasada por la Rusia y por la Prusia al Gabinete de Viena en el mes último anterior sobre la política más conveniente en el caso probable de una nueva forma de Gobierno en Francia, y otra es un comunicado del Gobierno, inserto en los periódicos de París, sobre los rumores de una proclamación próxima del Imperio.

La nota, cuya substancia habrá Ud. visto en *El Times*, es auténtica. Interpeladas la Rusia y la Prusia por el Austria sobre la conducta que las potencias del Norte deberían observar en el caso de que en Francia fuera proclamado el Imperio, las dos potencias interpeladas contestaron de consuno que no reconocerían al nuevo Emperador sino con dos condiciones: la primera, que lo sea en virtud de un nuevo plebiscito; la segunda, que el Imperio no sea hereditario. Cumplidas estas dos condiciones, el Imperio no es otra cosa sino la continuación de la República, la cual ha sido reconocida ya por todos los Gabinetes europeos. Otra cosa sería en el caso de que el Príncipe Presidente se proclamara Emperador en virtud de una legitimidad hereditaria y sin consultar al pueblo, y en el caso de

que el pueblo quisiera con su voto crear, por medio de la herencia, una nueva dinastía: en estos dos casos, ni la Rusia ni la Prusia reconocerían el orden de cosas que se estableciera en Francia, y esto por dos razones principales: porque la dinastía napoleónica ha sido condenada por los Tratados, y porque los Soberanos del Norte, si por un lado reconocen á los pueblos constituidos en República el derecho de darse un Jefe de por vida, por otro le niegan el derecho de crear una nueva raza de Soberanos y una nueva dinastía de Reyes, cosa reservada sólo á Dios por el ministerio del tiempo.

Esta nota es la confirmación de cuanto en distintas ocasiones hasta ahora he manifestado á Ud. acerca de la política de las potencias del Norte, reducido todo á asegurar dos cosas: la primera, que el príncipe Luis Napoleón podía contar con las simpatías del Austria, gobernada por el príncipe de Swartzemberg, en todas las eventualidades posibles; la segunda, que no podía contar ni con la Rusia ni con la Prusia en ciertas eventualidades. La muerte del príncipe de Swartzemberg quitará probablemente al Príncipe Presidente su único aliado continental en los grandes conflictos á que puede dar ocasión su advenimiento al Imperio.

Esta eventualidad me parece segura, á pesar de la malquerencia de las potencias del Norte. En el comunicado oficial de que he hecho mención más arriba, haciéndose cargo de los rumores que circulan acerca de la proclamación del Imperio por el Ejército en la gran revista de Mayo próximo, al mismo tiempo que se da la seguridad de que el Imperio no saldrá de esa proclamación, se asegura que se proclamará más tarde y de otra manera; es decir, por medio de la iniciativa de los grandes Poderes del Estado y del consentimiento del pueblo; lo cual quiere decir que el Príncipe no quiere ser proclamado sino por un nuevo plebiscito, cediendo así á una de las exigencias de las potencias del Norte. Por lo que hace á la cuestión que consiste en averiguar si el Imperio ha de ser vitalicio ó hereditario, el Príncipe no ha manifestado todavía su resolu-

ción, si bien ha dejado ver claramente sus tendencias; en vista de ellas y del lenguaje de las personas que están en el secreto de sus intenciones, es de temer que en este punto prescinda completamente de la opinión de la Europa, y que, á pesar de todo y de todos, acabe por aceptar el Imperio hereditario.

No ignora el Príncipe que este suceso le enajenará la voluntad de la Inglaterra y de las naciones continentales; pero presume (y yo no me atreveré á decir si con razón ó sin ella) que la mala voluntad no se convertirá en conflicto, y que la Europa se mirará en ello una y otra vez antes de provocar un conflicto con la Francia. No estoy yo lejos de pensar de la misma manera, pareciéndome cosa difícil que la guerra haya de ser la consecuencia inmediata de la proclamación del Imperio hereditario. Pero si la guerra no viene en seguida vendrá muy poco después, como quiera que me parece imposible que el Imperio, y sobre todo si es hereditario, no acabe por una dilatación de fronteras: cosa que, de seguro, no consentirá la Europa sin recurrir á las armas.

Este hombre está en manos de la fatalidad, ó, por mejor decir, de una serie de fatalidades sucesivas¹. La situación actual va fatalmente al Imperio electivo: el Imperio electivo va fatalmente al Imperio hereditario: el Imperio hereditario ó electivo va fatalmente á la conquista: la conquista va fatalmente á la guerra: la guerra va á parar fatalmente en otro Waterlío: la fatalidad de otro Waterlío es otra restauración borbónica: la fatalidad de otra restauración borbónica llevada á cabo por los ejércitos extranjeros, capitaneados por la Inglaterra, es otra revolución interior, que pondrá otra vez el poder en manos de los Orleans: y la fatalidad de una restauración orleanista será otra República democrática. La historia de lo futuro será la historia de lo pasado. Para mí es cosa cla-

¹ Prueba *a posteriori*, aunque no necesaria, de carecer de razón el fatalismo histórico, es que, de los sucesos que fatalmente habían de suceder según la predicción de Donoso, sólo acaecieron los cinco primeros, pero los tres últimos no respondieron al anuncio. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

ra que la experiencia no aprovecha á nadie, ni á los individuos ni á las naciones.

Suyo afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 11 de Mayo de 1852

Muy señor mío: Desde la fecha de mi última, ningún acontecimiento notable, interior ó exterior, ha venido á cambiar el aspecto de las cosas. La gran solemnidad militar verificada ayer para la distribución de las águilas al Ejército, ha carecido de todo punto de importancia política: lo cual, si bien se mira, no deja de ser importante, y aun importantísimo. La explicación de este fenómeno es curiosa por demás, y tengo para mí que no ha de dejar de ofrecer á Ud. un interés grande.

Ante todas cosas, debo asentar aquí una proposición evidente: que el príncipe Luis Napoleón es el único que ha impedido ayer la proclamación del Imperio. El Ejército le hubiera proclamado con aplauso, y el pueblo hubiera recibido la proclamación con regocijo; la consigna, empero, era severa, y la prohibición de la proclamación absoluta. Y, sin embargo, nada tengo por más cierto que la resolución del Príncipe de cambiar su Presidencia decenal por el Imperio hereditario. El Imperio, pues, vendrá; pero vendrá á su tiempo, vendrá en el día y en la hora que el Presidente tiene señalada. Para entrar en el misterio de sus designios hay que considerar dos cosas: la primera, que Luis Napoleón no quiere ser de tal manera el hombre del sufragio universal que su porvenir dependa exclusivamente de este sufragio; la segunda, que no quiere ser

de tal manera el hombre del Ejército que su muerte esté en las manos de los jefes militares. Lo que desea sobre todo, y á lo que aspira, es á poner al pueblo y al Ejército á su servicio, siendo él independiente de ambos. Vencedor por las armas en las jornadas de Diciembre, puede decir al pueblo que no le necesita: Presidente de la República por ocho millones de votos, puede decir al Ejército que el pueblo es él y que el soldado está al servicio del pueblo. El mayor peligro hoy día para él, es ceder á las exigencias militares, y por eso aspira á subir al trono á favor de otros impulsos. El Imperio será proclamado, si puede decirse así, civilmente: el Senado, en uso de sus atribuciones constitucionales, emitirá el deseo de esta mudanza: el pueblo será consultado sobre la proposición senatorial, y el Presidente se convertirá en Emperador en virtud de un nuevo plebiscito. Para mí no hay más cuestión que la de tiempo. Comprometido solemnemente á conservar la República, el Príncipe, si las tramas de los partidos no le obligan á refugiarse en el Imperio, desearía poder fundar en una manifestación popular el cambio de instituciones, por eso aguarda, y aun aguardará algunos meses; si al cabo de cierto tiempo la manifestación popular no viene, vendrá el cambio de todas maneras. Mi opinión es que no se pasará el verano sin Imperio.

Por lo demás, creo, como en mi última anterior dije á usted, que la Europa reconocerá el nuevo orden de cosas que está próximo á establecerse. Usted puede contar por seguro que no hay más que un solo caso de guerra, y que ese caso es la extralimitación de las fronteras, tales como existen en virtud de los Tratados. Si el nuevo Emperador logra constituir un Imperio pacífico, la paz del mundo está asegurada por ahora; si no logra resistir á los impulsos conquistadores, á que dará origen la nueva situación, estallará inevitablemente la guerra, que se terminaría por la invasión y la ruina de la Francia. Un solo aliado tenía en Europa el príncipe Luis Napoleón: con el fallecimiento del príncipe de Swartzemberg le ha perdido. Para mí no es dudoso que el Austria cederá ahora á la presión de